

sobre hombres y cosas de Quito, y así ha nacido este pequeño y jugoso libro, que prologa José de la Cuadra con su prosa magnífica.

Si Augusto Arias es, antes que otra cosa, poeta, la nombraría que tiene en los países de América la debe también a sus serios trabajos en prosa. «Virgilio en castellano» y «La estética del barroco» demuestran sus grandes condiciones de ensayista, con facultades de interpretación muy personales; y un espíritu generoso y comprensivo.

En estas «Páginas de Quito», junto a crónicas livianas que evocan, sin pretensiones de trascendencia, el vivir cotidiano y los afanes de algunos hombres, encontramos su difundido ensayo sobre las «Mujeres de Quito», que revistas y diarios del Continente han reproducido con elogio.

No se ha hecho en otros países americanos un estudio tan completo y tan artístico, tan lleno de lirismo de buena ley, como este que el autor de «El corazón de Eva» dedica a las grandes mujeres quiteñas de la época colonial y de los días iniciales de la República.

Labor interpretativa del ambiente en que actuaron mujeres ecuatorianas de significación, es este ensayo de Augusto Arias. Y así aparece, junto al poeta que en él asoma siempre, el estudioso que se dió el buceo de infolios amarillentos para hacer revivir y dar el relieve exacto a los personajes que perfila.

Si sólo estas páginas hubiese escrito el conocido poeta y ensayista del Ecuador, serían suficientes para tenerlo entre los valores más ciertos de la prosa americana.—C. P. S.



<https://doi.org/10.29393/At172-221MRCA10221>

CAMINO EN EL ALBA, por Oscar Castro Z.—Prólogo de Augusto D'Halmar.—Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1938.

Las bellas palabras preliminares de Augusto D'Halmar podrían habernos predispuesto desfavorablemente acerca de su

presentado, por que es rigor de todo prologuista elogiar en forma desmedida. Pero D'Halmar, después de hablar de sí propio con ese su narcisismo tan simpático e inofensivo, refrenda sus juicios con las palabras del poeta a quien presenta. Así deviene en crítico que justifica su aserto.

Desde los primeros versos de «Romance del vendedor de canciones», advertimos que estamos frente a un poeta de verdad:

Los ojos de sus borricos  
llevan estrellas mojadas.

Naturalidad sin ramplonería y elegancia sin rebuscamiento. Acierta Oscar Castro en el uso de metáfora, expresión poética la más sublime; así en el «Romance de María Rosario»:

La fina lima del grillo  
está puliendo el silencio.

Y en «Coloquio de flauta y el viento», y en «En lejano amor», en «Romance del hombre nocturno»; etc., etc.

Advertíamos ya reminiscencias garcialorquiana, y ésta se confirma en «Elogio de Graciela Liliana». El autor no ha de negarla y acaso ello le agrade, porque le rinde al poeta granadino el homenaje de su fervorosa admiración en versos dignos del Maestro ya consagrado:

Llevaba el día en el cinto  
como un alfanje de plata,  
y en el arzón de la silla,  
una guitarra gitana.  
Romances de luces nuevas  
se abrían en su garganta.  
Los ayes del cante jondo  
lo lamían como llamas.

Cuando soltaba su copla  
cantaba toda España.

Merecen citarse, también, «España eterna» y «Elegía por los niños muertos», en los que el poeta distiende su emoción en presencia de la España dolorida y ensangrentada.

Oscar Castro, hasta ayer, totalmente desconocido, se nos revela como un poeta que maneja con destreza el viejo romance castellano remozado por García Lorca; si no es original, va camino de conseguirlo, pues hay en él un poeta auténtico, que si aun no encuentra su personalidad poética, nos la dará cuando se libere de influencias y se exprese en un acento propio, indiferenciado e inconfundible. Y lo esperamos y lo deseamos, porque Oscar Castro tiene intuición y sus versos son armoniosos y flúidos, con la armonía y fluidez espontáneas de las aguas ocultas que se vierten misteriosamente; para ello no necesita ni de la metáfora absurda ni de la sintaxis violenta, tan frecuentes en los poetas jóvenes que creen que la verdadera poesía es ininteligible.



CASA CON TRES PATIOS, por *Guillermo Koenenkampf*.  
Zig-Zag, 1939.

En *Geografía Santa* saludamos en Guillermo Koenenkampf a un cuentista de seguro temperamento artístico, que sabía pintar ambientes típicos de nuestra nacionalidad, que movía con desenvoltura a sus personajes, bien caracterizados, y, sobre todo, a un estilista que manejaba con depurada elegancia el idioma; todo ello envuelto en una atmósfera de poesía que le relevaba del realismo plebeyo. Esperábamos que en sus obras siguientes se superara. Pues bien, su último libro, *Casa con tres patios*, si logra mantener las cualidades de su primera obra, dista de superarlas. Acaso se deba ello a que este escritor se inicia en una modalidad literaria distinta a la que le era familiar. Pues este último libro de Koenenkampf no pinta ambientes campesinos, ni pone de relieve nada típicamente chileno, ni